

# REVISTA TEOLOGICA

V. 24  
# 1  
FT. WAYNE, IND.

RECEIVED

JUN 14 1977

## CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

Hacia una predicación más eficaz.....	1
El catecismo 74 .....	9
El humo de Soweto .....	20
Alocución presidencial .....	27
Educación cristiana continuada .....	31
Bosquejos para sermones .....	39

133480

CONCORDIA THEOLOGICAL SEMINARY  
LIBRARY  
FT. WAYNE, INDIANA 46825

# Alocución Presidencial

**DE LA 45ª ASAMBLEA GENERAL DE LA IGLESIA  
EVANGELICA LUTERANA ARGENTINA, EN PARANA,  
ENTRE RIOS, LOS DIAS 10-13 DE FEBRERO DE 1977.**

El año 1976 entró en la historia de nuestro país como año de crisis. Lo que saltaba más a la vista era la crisis en el orden político, social y económico. Pero lo más grave, aunque para muchos no tan visible, el mal de fondo, por decir así, era la crisis en el orden moral. En todas partes y en todas las esferas se hicieron sentir las consecuencias de un relajamiento general. Parecían haber caído en descrédito total valores tales como la honestidad, la voluntad de superación, la responsabilidad personal y colectiva. Y es en este plano donde la crisis del ambiente en que vivimos nos afecta de una manera particular, como iglesia y como individuo cristiano. Ante la turbulenta situación reinante, se nos plantea la pregunta, y nos la planteamos a nosotros mismos: ¿Qué respuesta tenemos a los males que afligen a nuestra sociedad? ¿Qué actitud conviene adoptar? ¿Qué ayuda podemos ofrecer? Y si sabemos de una ayuda, ¿la estamos ofreciendo realmente, o nos conformamos con seguir en forma mecánica nuestra rutina tratando de no pisar el barro para no ensuciarnos los zapatos?

Así la crisis nos lleva inevitable y necesariamente a la crítica. Crítica de la iglesia como institución; crítica también de los que en una función u otra han sido encomendados con la tarea de dirigir los asuntos de la iglesia; crítica de los métodos y procedimientos empleados. Sabemos muy bien que la iglesia, en su aspecto humano, no es inmune contra fallas en su proceder. Los que la componen, dirigentes y no dirigentes, no son seres perfectos, sino hombres que como tales tienen que confesar muchas veces y en diversas ocasiones con el apóstol Pablo: "Tengo el deseo de hacer el bien, pero no puedo hallarlo", Ro. 7:18. Si al someter todo esto a un examen crítico se tiene como fin el mejoramiento, si esta crítica consiste en un análisis responsable y desapasionado tendiente a descubrir con toda franqueza qué estamos haciendo bien y qué estamos haciendo mal, para hacer aún mejor lo bueno y para corregir en lo posible los males,

en unión fraternal y guiados siempre por ese espíritu que guió a los apóstoles en sus deliberaciones; si este es el caso, entonces la crítica es saludable y hasta necesaria.

Pero hay también otros tipos de crítica. Está aquella que consiste en buscar errores en los demás, esquivando al mismo tiempo la responsabilidad propia, bajo el lema: discutir sin comprometerse — una crítica fuerte en levantar acusaciones, pero débil en ofrecer soluciones concretas y viables, y por lo tanto destructiva. Y está aquella otra de los que con afán casi enfermizo buscan los errores en su propia insuficiencia y se consideran unos fracasados, como iglesia y como individuos. Su lema parece ser: No servimos para nada, y lo que hacemos tampoco sirve para nada. Es esta una crítica desmoralizadora y paralizante que fácilmente puede degenerar en frustración e inactividad.

Tanto la una como la otra de estas críticas negativas tiene una falla fundamental: dirige su atención primordialmente al hombre y coloca a Dios en un plano más bien secundario. Pero mientras nos limitemos a detectar o encubrir deficiencias humanas, siempre estaremos en desacuerdo, y en lugar del fortalecimiento mutuo causaremos división que conspira contra la acción. En toda crítica, para que sea útil, el factor decisivo tiene que ser Dios. Él es el Señor, también de la historia del mundo y de la iglesia en crisis. Nosotros somos sus servidores, con distintos dones, distintas opiniones, pero con algo en común, a saber, con la particularidad de que sin él nada podemos hacer, y lo que hacemos sin él, al margen de su voluntad, como servidores de intereses, rivalidades y pasiones humanas más que como servidores de Dios, no conduce a ningún fin bueno. En cambio, cumplir en todo tiempo y en toda circunstancia con su divina voluntad, fiel y confiadamente —esta es la tarea que el Señor nos encomendó, como iglesia y como individuos, ayer, hoy y mañana—. Por eso, en lugar de dar vueltas y más vueltas a la crisis del momento presente, y de perder el tiempo en críticas negativas de hombres, métodos e instituciones, encaremos el problema con otro enfoque, positivo y constructivo, a saber: Toda crisis, en la iglesia y en el mundo, es un medio con que Dios quiere ponernos a prueba, si somos sus servidores y mayordomos fieles, como predicadores de

la Palabra, como cuidadores de almas y consejeros espirituales, como funcionarios de la iglesia, como guías de la juventud, como padres de familia, como ciudadanos. ¿Andamos todavía en los caminos del Señor, buscando primeramente el reino de Dios y su justicia, o vamos por camino propio, buscando la gloria, la satisfacción o incluso la simple comodidad personal? ¿Cuáles son los puntos donde podemos y debemos mejorar nuestro servicio, pero mejorarlo a la luz y según las normas de la Palabra de Dios, no según lo dicten las corrientes terrenales del momento? Si hacemos un autoanálisis y una autocrítica en este sentido, como iglesia y como individuo, el resultado no será ni destructivo ni hipócrita ni frustrante sino constructivo. Las directivas que Dios nos da para nuestro quehacer como administradores de sus misterios son claras, y claras son también sus promesas: “Yo estoy con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” (Mt. 28:20). “Donde dos o tres se hallen reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:20). “Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá” (Mt. 7:7). “Los que esperan en Jehová adquirirán nuevas fuerzas; se remontarán con alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán y no desfallecerán” (Is. 40:31). “Encomienda a Jehová tu camino, espera también en él, y él hará lo que conviene” (Sal. 37:5).

Entremos pues en este nuevo año de actividad eclesial con este espíritu: Ante cualquier situación crítica pensemos en que la única crisis realmente funesta es la crisis de la fe. Aquel Pedro que caminaba sobre el mar comenzó a ahogarse no porque las olas se pusieron más amenazante o el viento más fuerte sino porque le iba fallando la fe. Así también si nuestro paso se hace más lento y menos seguro, no es porque las dificultades de repente sean tan grandes, sino porque nuestra fe es tan pequeña que nos creemos abandonados por Dios y sin socorro. Para resolver esta crisis, roguemos con humildad y fervor: Señor, ¡aumentanos la fe! Haz que veamos y sintamos cada día de nuevo la grandeza de tu misericordia que en Cristo, nuestro Salvador, tuviste y tienes con tus imperfectos hijos, que experimentemos el gozo en el Señor de que nos habla San Pablo, y haz que este inmenso amor tuyo despierte y avive el amor

nuestro hacia ti y hacia nuestros hermanos, tanto los hermanos en la fe como los que todavía no lo son, un amor que no se limite a palabras vacías sino ese amor que San Pablo describe en 1. Cor. 13. Llenados desde lo alto de este amor no dejaremos caer el ánimo ni los brazos; antes bien, cumpliremos con la exhortación divina que hemos elegido como lema para 1977: "LEVANTATE Y RESPLANDECE". Esto no es un simple consejo: es la voluntad de Dios! Y si él quiere que nos levantemos y resplandezcamos, también nos dará las fuerzas para hacerlo.

Pres. P. Horn

---

**¿Sabía Ud. que en Polonia se ha entablado una lucha sin cuartel contra la iglesia y la fe cristiana?** Lo afirma una carta pastoral de los obispos de Polonia señalando que esta lucha se concentra en los medios de comunicación masiva, en libros, películas y en el teatro. No se concederían permisos para nuevas construcciones de iglesias, se aplicarían medidas discriminatorias contra los católicos activos y se ejercería presión sobre niños y estudiantes para dificultarles la práctica de la religión. Como un caso paralelo se conoce que en la parte de Alemania controlada por el comunismo, no se permite a los hijos de los clérigos emprender estudios universitarios.

**¿Sabía Ud. que en la teología católica romana se ha comenzado** una discusión seria acerca de si esta iglesia puede reconocer la confesión luterana de 1530, llamada "Confesión Augustana" como una expresión correcta de la fe de la Unica Santa Iglesia Católica y Apostólica? De ser así, existiría la posibilidad de que la iglesia católica estableciera la apostolicidad de las iglesias de la Confesión de Augsburgo. Por otro lado la cuestión se complica por la crítica dirigida contra la Augustana por teólogos evangélicos y la definición de la posición de la Augustana en relación con las restantes confesiones luteranas.